

Trilogía de Jorge Volpi

Ignacio Trejo Fuentes

En busca de Klingsor, El fin de la locura y No será la Tierra, de Jorge Volpi, conforman una trilogía novelística que recorre las zonas oscuras del siglo xx. Ignacio Trejo Fuentes aborda en este ensayo la obra de uno de los autores más destacados de la narrativa mexicana actual.

Jorge Volpi (DF, 1968) se dio a conocer con la novela *A pesar del oscuro silencio* (1989), y continuó su trabajo novelístico con *Días de ira* (1994), *La paz de los sepulcros* (1995), *El temperamento melancólico* (1996) y *Sanar tu piel amarga* (1997). Aunque no desestimo, de ninguna manera, ese *corpus* y hasta puedo asegurar que prefigura con exactitud al excelente narrador que hoy en día es Volpi, me parece que se trata de ejercicios de búsqueda, de ensayos, de la pretensión de hallar una voz propia, singular, que alcanzó sin ninguna duda con la trilogía compuesta por *En busca de Klingsor* (2002), *El fin de la locura* (2003) y *No será la Tierra* (2006).

¿Por qué *trilogía*? Porque aunque no recuerdo que el autor la haya definido de esa forma, no cabe duda que las tres novelas tienen en común cierta temática y una cercanía técnica que las emparenta de manera evidente. En el primer renglón, Jorge se ocupa de novelar acontecimientos que conmocionaron a la humanidad en el siglo xx, ocurridos en distintas partes del orbe; en el segundo, hay una incesante aplicación de estrategias para dar cohesión a tanta carga documental, y en la cual sobresale la tarea del escritor de delegar en otros las voces narrativas: es decir, él desaparece, o se enmascara o se diluye entre sus personajes. Haré enseguida un repa-

so sucinto de los tres libros y al final arriesgaré algunas interpretaciones asimismo conjeturales.

EN BUSCA DE KLINGSOR

Hacia 1944 el mundo está en guerra, declarada por Adolfo Hitler a la cabeza del Estado alemán que pretende anexarse (lo ha hecho ya con algunos) varios países e imponer a la aria como la única raza digna de mérito en el mundo, lo que se ve claramente en sus acciones de exterminio de judíos, para él la cara opuesta y repugnante de lo ario. No obstante, y acaso conscientes de que su empresa será infructuosa, pone en riesgo la propia integridad de Alemania, pues un grupo de militares, científicos e intelectuales conspira en su contra y atenta contra su vida en un acto terrorista que al final fracasa. Hitler ordena una cacería sangrienta de los subversivos, captura a sus cabecillas y los ejecuta; lo terrible es que se lleva entre las botas a centenares de inocentes, tan sólo por su cercanía familiar o laboral con aquellos, niños incluidos.

Terminada la guerra con la firma de la paz por parte de los países involucrados y el suicidio del *Führer*, Fran-

cis Bacon, científico devenido soldado, recibe la encomienda de averiguar la identidad del omnipoderoso encargado de la ciencia en Alemania, que entre otras asignaturas tuvo la de impulsar la hechura de una bomba atómica capaz de acabar con los enemigos de una vez y para siempre. Se sabe que el nombre clave de ese personaje es Klingsor, quien había congregado a su alrededor a lo más granado de los científicos de su país y de otras partes. Para tal efecto, Bacon hurga en archivos y cuadernos de bitácora, se entrevista con científicos sobrevivientes a la debacle para tratar de armar el rompecabezas que lo lleve a la identificación y captura de aquel personaje.

En esa tarea seguimos a Bacon en sus tiempos de estudiante en los Estados Unidos, donde conoce a personalidades trascendentes de la ciencia, como Albert Einstein, al mismo tiempo que vive relaciones amorosas más bien catastróficas. Una vez trasladado a Alemania para cumplir su misión, el soldado se involucra con personajes delirantes y con una espía de quien se hace amante. Quien se encarga de contar la historia y sus ramificaciones es Gustav Links, relevante hombre de ciencia que participó de cerca con las tentativas hitlerianas de hacerse de la bomba atómica antes que nadie y, más tarde, sumarse al complot para matar a Hitler. Links es denunciado y en consecuencia llevado a prisión y a un hospital psiquiátrico por más de cuarenta años. Se infiere que no fue ejecutado como los demás debido a la cercanía que había tenido con el *Führer*, tanta que los indicios señalan que él era Klingsor, aunque lo niega reiteradamente.

Esos hechos están sustentados por la realidad histórica, sin embargo Jorge Volpi tiene mucho cuidado de no sujetarse sólo a las cifras y a los datos de esa naturaleza; es por eso que urde verdaderas intrigas para conferirles agilidad e intensidad dramática: sigue de cerca las acciones de los científicos, los complots y sus represalias, y nos lleva a la intimidad de Links para saber del triángulo amoroso-sexual que sostuvieron él, su esposa y la mujer de su mejor amigo, científico cercano al poder y también conspirador. Este último, el triángulo, es una auténtica joya como coctel de erotismo, pasión, traición y muerte, y es más que indicativo de la inclinación de Volpi por sacudir su trama de lo espeso que sería contar sólo asuntos de ciencia y de alta política.

No desmerece la relación que el mismo Bacon sostiene con sus amantes estadounidenses y, luego, con la espía prosoviética en Alemania.

Por supuesto que Volpi se empapó de la historia y de la ciencia para desplegar su novela, y es meritorio que exponga con claridad, en voz de los personajes, asuntos tan complicados como la física cuántica, la fisión nuclear y los procesos que llevan a la creación de armas letales como la bomba atómica.

Mientras uno lee la novela se pregunta muchas cosas, entre otras, ¿qué hubiera pasado, qué hubiera sido de la historia mundial si los alemanes se hubiesen anticipado a los norteamericanos en la carrera por la bomba atómica? ¿Podemos imaginar el poder de Hitler con un arma como ésta?

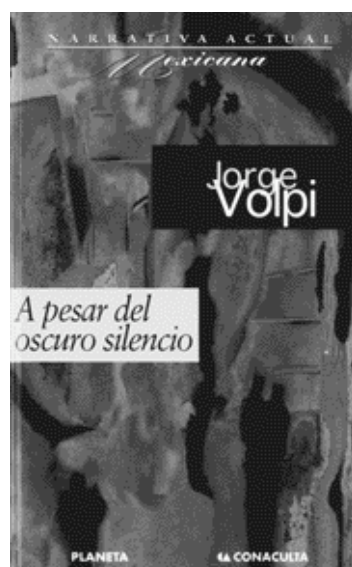
EL FIN DE LA LOCURA

Aníbal Quevedo, psicoanalista mexicano, es también escritor, periodista, editor, académico, crítico de artes plásticas, analista político, etcétera, que pasa muchos años de su vida en París. Lo conocemos precisamente aquí, durante los aciagos días de 1968, cuando los estudiantes desataron furibundas manifestaciones contra el gobierno y obligaron a éste a tomar medidas radicales. Quevedo se involucra con ellos y participa en actos de rebeldía; conoce de cerca a figuras prominentes de la intelectualidad francesa (Lacan, Althusser, Foucault, Sollers, Barthes), que en esos tiempos marcan la pauta en áreas como la lingüística, el psicoanálisis y el marxismo y comulgan, en mayor o menor medida, con movimientos de izquierda.

Más tarde, el personaje se traslada a Cuba, donde recibe entrenamiento guerrillero, psicoanaliza a Fidel Castro y lo acompaña a Chile en apoyo de Salvador Allende. Regresa a México, publica sus libros, se vuelve psicoanalista del presidente de la República, funda una revista, conoce a quien habría de ser el subcomandante Marcos, se adhiere a un grupo de intelectuales que luchan por la reivindicación de los indígenas chiapanecos, tiene disputas con la intelectualidad local, etcétera.

Como puede verse, Aníbal Quevedo es un todólogo, un escalador y un arribista que se vale de sus contactos personales para ir consolidando una personalidad pode-

No cabe duda que Jorge Volpi es un afortunado lector de la realidad.



rosa aunque ambigua en varios círculos. Se dice radical de izquierda pero coquetea con los impulsores del neoliberalismo, se declara a favor de los derechos de los demás y al mismo tiempo los pisotea en favor propio. Es, en fin, un personaje sorprendente, y es quien protagoniza la segunda parte de la tetralogía de Jorge Volpi.

Si en *En busca de Klingsor* Volpi hizo figurar en primer plano a personajes de la ciencia, en *El fin de la locura* son los intelectuales de Francia, México y otras partes quienes comparten los principales papeles con Quevedo: Octavio Paz, Carlos Monsiváis, Christopher Domínguez Michael y muchos más cuyos nombres se sustituyen pero que pueden ser reconocidos por los que conocen a aquel y hablan de su obra por medio de diarios, artículos, entrevistas, etcétera, todos evidentemente apócrifos pero consignados con pelos y señales. ¿Por qué incluye Volpi a esas figuras, a esos materiales literarios y periodísticos? Para dar cuerpo y aires auténticos a quien no existe: Aníbal Quevedo, en efecto, es un ser ficticio, aunque sin duda encarna la figura y las acciones de seres reales y concretos, que sirve al autor, a Volpi, para meterse en asuntos en verdad atractivos, desprendidos de la historia pero hábilmente combinados con la imaginación.

En las páginas de *El fin de la locura* asistimos a lo que se llama el final de la utopía revolucionaria, a las exequias de cosas como el socialismo, el comunismo y la izquierda ortodoxa; y vemos nacer fenómenos como el neoliberalismo, en tanto atestiguamos hechos como el mayo francés, la caída del presidente Allende, las locuras de Fidel Castro o las de los distintos mandatarios de México; sabemos, aunque sea de pasada, del 2 de octubre y del 19 de septiembre, fechas aciagas para los mexicanos.

¿Para qué arma Volpi ese andamiaje? Para que los lectores asistamos a un acto más de su Gran Teatro del Mundo (el tercero lo atestiguaremos en *No será la Tierra*). No debemos olvidar que entre tanto acontecimiento social, político e histórico, el escritor incluye, con notable esmero, las contingencias de seres individuales, las vicisitudes íntimas de personajes que son, sí, ellos mismos, pero que de muchos modos pueden darnos noticia del ser humano en general, de nosotros mismos. Aquí es Aníbal Quevedo quien se encarga de la individualización, y ya vimos cómo su sello característico es la ambigüedad, que lo conduce a acciones siempre mezquinas disfrazadas de humanitarismo y solidaridad; su interior es de una pobreza ultrajante, y sin embargo trata de ser otro, de imponerse a su destino sin importarle nunca que para conseguirlo deba hundir a quien se le ponga enfrente, chico o grande. Eso sí, es un farsante fantástico, un embaucador infalible, un pillo de primera categoría. Por eso se confunden en él el gozo total y el sufrimiento lapidario; parece no tener alma, no ama a nada ni a nadie, si se acerca a la gente es para exprimirla, trátase de amantes o de amigos, de celebridades o de hombres poderosos económica y políticamente. Es, en fin, un sátrapa de siete suelas, un infeliz que termina enredado en las purulencias de su propio cadáver espiritual y físico.

Si dejamos a un lado las experiencias del protagonista en otras latitudes y lo enfocamos tan sólo en su experiencia mexicana, veremos de qué manera le sirve a Jorge Volpi para enfocar una época especialmente importante de México, que resume la podredumbre en instancias como la política y la intelectualidad. Aunque debo admitir que, en el fondo, el escritor acusa situaciones que de algún modo muchos sabemos, su mérito estriba precisamente en que se atreva a decir lo que otros nos guardamos por cualquier razón; Volpi exhibe, detrás de sus personajes esperpénticos, la ruindad de políticos y empresarios, de intelectuales y artistas, de la gente común. Se lee la descripción, documentada y minuciosa, de un país en permanente crisis, habitado por gente sin escrúpulos, corrupta, deplorable. Los lectores lo sabemos y nos hacemos que la Virgen nos habla, ¿por qué? Es ésa una de las preguntas fundamentales que Volpi parece plantearse en esta novela que es una bella aunque dolorosa mascarada. La pregunta obligada sería: ¿es que en todas partes se cuecen las mismas habas?, ¿ocurren las mismas trapacerías en Francia, en la Unión Soviética, en Cuba, en Chile...? La respuesta es definitiva y desconsoladora.

Como en su novela anterior, el autor se vale de una loable multiplicidad de recursos técnicos para exponer sus propuestas. Otra vez, delega en otros la voz narrativa, mediante la tercera o la segunda personas, a través de diarios, artículos periodísticos, entrevistas y confe-

siones. Con cada cual va armando un rompecabezas que, en manos menos hábiles, pudo haberse convertido en un amasijo sin sentido. El control de Volpi sobre sus criaturas es correcto, sabe imbricar cada pieza para que el caudal de información no se le vaya de las manos y confunda a los lectores. Luego, Volpi es un espléndido arquitecto. También como en *En busca de Klingsor*, sabe dar su justa dimensión a los conflictos políticos y a los íntimos, y por eso explota con la misma eficacia asuntos de Grandes Oficinas que de alcobas impenetrables. De nuevo, hurga en las pasiones siguiendo instintos como la cobardía, la ambición y las traiciones. Todo parece existir en esas páginas, excepto el amor, y cuando éste trata de inmiscuirse es pronto desbaratado. De ese modo, las historias contadas en *El fin de la locura* resultan altamente dramáticas, dolorosas, consternantes, sin importar que en ocasiones parezca que asistimos a una tragicomedia, porque hay grandes momentos de humor, aunque involuntario, o más bien sátiras feroces e hilarantes sarcasmos.

NO SERÁ LA TIERRA

Si bien el imperio soviético había dado muestras más que claras de fatiga, fue en 1986, a raíz del desastre nuclear de Chernobil cuando se fincó su resquebrajamiento definitivo. Por eso Jorge Volpi inicia la tercera novela de su tetralogía con la descripción minuciosa de ese desastre. Una de sus líneas principales es precisamente el rastreo de cómo una de las grandes utopías de la humanidad, el comunismo, se desmembró ante la incredulidad de propios y extraños: ¿cómo era posible que el imperio de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, ése que había extendido sus tentáculos por muchas partes del mundo pudiera desmembrarse y plegarse a las reglas del mercado capitalista, su férreo enemigo?

Debe aceptarse, primero que nada, que los indicios de que el poderío de la URSS en todos los sentidos se había debilitado, y aquellos se habían manifestado de diversas maneras. La implacable burocracia, la corrupción, el descuido de la economía por concentrar el gobierno, sus mayores recursos en el acopio ilimitado de

armamento, sobre todo nuclear, desgastaron a las repúblicas de manera alarmante; su fortaleza era sólo aparente, y prueba de ello eran la constante represión a las ideas, el sometimiento de casi todas las libertades, el alto absoluto a todo aquello que oliera a cambio, a modificaciones. El desastre de Chernobil fue, como se dice, la gota que derramó el vaso.

Pero Volpi no es historiador, sino novelista, y es así como se preocupa, para llegar al retrato de esa catástrofe, de echar mano de personajes que, totalmente humanizados, nos conduzcan por esa espesa maraña. Son varios los protagonistas, conocidos unos (los distintos actores políticos y científicos), anónimos otros (la gente del pueblo) que entreverán sus destinos en el hundimiento de ese barco gigantesco que se creyó invulnerable. Uno de ellos, principal, es la científica Irina Nikoláievna Sudáieva, nacida en San Petersburgo en 1932, cuyo padre había sido fusilado en un campo de detención. El narrador que después identificaremos como Yuri Chernishevski, dice: “No pretendo camuflar las detenciones, juicios sumarios y fusilamientos que entonces se producían a diario sólo porque el amo y señor de todas las Rusias, un georgiano de nombre Iósif Dzhugavisvili así lo decidía. Pero a quien le gustaba ser llamado Gran Líder y Maestro —o Padrecito de los Pueblos en sus ratos más enternecedores—, pensaba que sólo conservaría su autoridad si liquidaba a millones de supuestos enemigos” (pp. 47-48). Dedicada a la química, campo en el que pretende desarrollar proyectos revolucionarios a favor no sólo de su pueblo sino de la humanidad entera, contrae matrimonio con Arkadi Ivánovich, científico disidente que es encerrado en un hospital psiquiátrico y que tras ser liberado por el presidente se alía con quienes habrían de marcar la nueva línea política del país, y no sólo eso, sino con corruptos industriales norteamericanos. La vida de la dama, como científica, se complica, y sólo le queda solidarizarse con su esposo y descuidar, en consecuencia, a su única hija, joven lesbiana y compositora de música que termina asesinada.

Irina y su marido representan la parte soviética de este concierto que es *No será la Tierra*. La parte estadounidense está representada por Jennifer Wells, funcionaria del Fondo Monetario Internacional casada con Jack Wells, empresario en biotecnología y que encabeza

Las tres novelas de Volpi tienen en común cierta temática y una cercanía técnica que las emparenta de manera evidente.

los trabajos para desarrollar el ADN, que será la revolución científica de todos los tiempos. Entregada a “arreglar” las incertidumbres económicas de países del tercer mundo, no se percató que su cónyuge hace las mar rullerías financieras más escandalosas con tal de apoderarse de millones de dólares bajo el señuelo de sus aportes a la ciencia: Jack no se tiente el corazón para someter la voluntad de sus contrapartes de varios lugares del mundo, y engaña hasta a sus propios compatriotas. Jennifer, además, debe hacerse cargo del hijo de su hermana Allison, quien se dedica a labores altruistas en su país y en otros: pertenece a Green Peace, y termina enrolada en la defensa de niños palestinos.

La tercera mujer de este triángulo es Eva Halász, directora de informática en una poderosa compañía, que se suma a la lucha del magnate norteamericano por apoderarse del mercado del ADN y, con eso, de los medicamentos que habrán de curar el cáncer y demás enfermedades hasta ahora irresolubles.

Quien da cuenta de las actividades de los cientos de involucrados en esta empresa, llena de trampas y corruptelas, es el periodista soviético Yuri Mijáilovich Chernishevski, quien obtuvo cierta notoriedad internacional cuando publicó una novela autobiográfica. Su relación con políticos y científicos le hace ser testigo directo de los enredos del gobierno soviético que deja del lado el comunismo, y lo pone en la pista para descubrir los tejamanes internacionales en el orden científico y el comercial encabezados por el estadounidense Jack Wells, a quien se ha prometido ver tras las rejas, para lo cual se traslada a los Estados Unidos y conoce de ese modo a las tres mujeres mencionadas atrás.

Como puede verse, Jorge Volpi mueve en su novela un número impresionante de personajes de toda índole, principalmente científicos y políticos. Presidentes de distintos países, sobre todo de la URSS (luego Federación Rusa) y los Estados Unidos, y eso podría hacer pensar que se trata de una maraña incontrolable; pero no: como hiciera en sus novelas precedentes, el autor mueve los hilos con una sagacidad inobjetable, sabe cómo y cuándo unir las vidas de sus criaturas, y sobre todo sabe a cuál cargar de mayor poder dramático y a cuáles utilizar sólo como comparsas; sin embargo, aun estos últimos están muy bien definidos, de modo que en ningún momento se pierden entre tantos como hay: cada uno cumple su función de la mejor manera.

El derrumbamiento de la Unión Soviética (que tiene en la caída del Muro de Berlín un puntal mucho más que simbólico) es uno de los acontecimientos más trascendentales de cuantos consignó el siglo XX en su parte final, lo mismo que la consolidación del capitalismo, liderado por los Estados Unidos, como el gran sistema mundial pese a sus propias incertidumbres. La lucha por el empoderamiento de las más terroríficas armas

nucleares, el control férreo de países enteros, la promoción de guerras y deposición de gobernantes juegan asimismo un papel preponderante en ese concierto. Y bien —se preguntarán algunos lectores—, ¿y qué tiene eso que ver con la literatura? Ni más ni menos que el retrato de algo que a todos incumbe, porque a todos afecta y modifica de una u otra forma: lo que está en juego es no sólo el destino de unos cuantos hombres o países, sino de toda la humanidad. ¿Puede eso dejarnos incólumes? De ningún modo.

Y hay que ver la sagacidad con que Volpi maneja las piezas de este impresionante mosaico. Por principio, él, Jorge, desaparece de la escena, y delega la voz cantante, la armazón técnica y narrativa de la novela, en otro, en Chernishevski, quien a su vez escribe la novela *No será la Tierra*, título que toma o plagia de Oksana, la hija asesinada de los científicos soviéticos ya señalados. Esto permite al escritor mexicano meterse hasta el fondo en el alma de aquel y los demás protagonistas, despojarse de pudores para poner el dedo en las llagas más p u rulentas de la degradación humana: si Volpi no hiciera eso, su discurso sería eso, en efecto, un texto unilateral y acaso moralista, didáctico; pero no: la elección de la voz narrativa le da una distancia de privilegio. Por eso, como hizo en las dos primeras partes de la trilogía, novelar la historia deja de ser un mero ejercicio intelectual para convertirse en algo vivo, auténtico, cargado de elementos estéticos.

Por momentos, a quienes conocemos la voz natural de Volpi, nos parece que no es él quien habla, y su narración se parece más bien a un autor de *thrillers* o, más bien, de *best sellers*, cargada de lugares comunes y de frases hechas y muletillas; pues bien, esos recursos son calculados, las muletillas son *ex profeso* utilizadas, pero corresponden a *otro escritor*, no a Jorge Volpi. Ese enmascaramiento, ese pase mágico para desvanecerse es uno de los puntales de la novela, con lo que el autor demuestra una vez más su pericia técnica.

¿Qué nos dice *No será la Tierra*, la novela de Volpi? Antes que nada, que el mundo no es como lo pintan, y que los soviéticos y sus adláteres mantuvieron e impusieron una dolorosa falacia, una supresión de ideas y prácticas indispensables en aras de una supuesta felicidad al fin de cuentas intangible. Los Estados Unidos, la contraparte, al parecer sale con todas las ganancias de esa confrontación, aunque según puede leerse, está tan corrompido como la ex Unión Soviética, de modo que se avisan tiempos en que el Monstruo estará asimismo herido de muerte, y habrá que ver si también se derrumba y qué surge de eso, si es que algo surge.

Una de las primeras cosas que resaltan cuando uno lee la trilogía novelística de Jorge Volpi, es que mientras



una importante camada de escritores mexicanos (Jesús Gardea, Daniel Sada, Severino Salazar, David Toscano, Élmer Mendoza, Juan José Rodríguez, Eduardo Antonio Parra...) se arrinconan sabiamente en sus respectivas provincias mexicanas para dar noticia de *su* mundo al mundo, para ir de lo micro a lo macro, él prefiere el escenario internacional: los Estados Unidos, Alemania y otros países europeos en *En busca de Klingsor*; Francia, Cuba, Chile y México en *El fin de la locura*; la Unión Soviética, los Estados Unidos y Europa en *No será la Tierra*.

Por supuesto no es el único que recurre a tal procedimiento: en la historia de la literatura de este país hay abundantes ejemplos, e incluso compañeros de aventuras literarias de Volpi, como Ignacio Padilla, comparten ese compromiso. Lo relevante es que Jorge es un maestro en la dosificación de tan abundante información de la que hace acopio antes de ponerse a escribir. Viajero incansable, lector incontenible, se mete de lleno en las materias que deben sostener aspectos sobresalientes de sus libros, como la física, las matemáticas, la biología o la lingüística; pero también se acerca a la vida de protagonistas famosos, como Hitler, Stalin, Einstein, etcétera. Y todo lo *humaniza*, por decirlo de alguna forma, es decir no nos agobia con un registro inclemente de datos y fórmulas, citas y gráficas, sino *digiere* toda la información y nos la pone en bandeja de plata, por la nada sencilla razón de que es un novelista bastante bien dotado y no un científico o un político ni nada que se le parezca. Y es esa una de las funciones primordiales de todo escritor que se precie de serlo, contar historias y hacerlo mediante las herramientas más adecuadas. Jorge Volpi lo es, qué duda cabe.

Quiero prevenir algo que de seguro ocurrirá a los lectores de Jorge: dirán que es sólo un autor de *best*

seller que es un “escritor de aeropuerto” porque su trabajo es de lo más “fácil” porque se finca en sucesos históricos, ocurridos en la realidad, que sólo “reconstruye”; mas si se acepta una porción de esas objeciones, cabe advertir que todo eso, tal información, sería nada sin la sensibilidad del autor para darle cauce, de su capacidad para urdir, para imaginar sucesos complementarios que sostengan todo lo demás: la información resultaría un lastre sin la enorme carga de ficción que el novelista echa a andar en cada libro, y eso se ve en la caracterización de los protagonistas: casi no hay ninguno que parezca acartonado o una copia al carbón de las gentes de las cuales sabemos por los medios de comunicación o los libros, sino seres vivos, *literarios* antes que históricos. Véanse, por ejemplo, los pasajes en los que intervienen los poderosos políticos o científicos o intelectuales y que no viven como tales sino como simples seres humanos; veamos con qué autenticidad se mueven en las páginas de las novelas, precisamente porque son seres provenientes de la realidad pero humanizados, literaturizados. Y eso es de lo más difícil en literatura: quien no lo crea puede intentarlo.

Por lo demás, no cabe duda que Jorge Volpi es un afortunado lector de la realidad, no se rasga las vestiduras para tratar de ocultar cosas dolorosas, o bochornosas; dice las cosas con la claridad necesaria, sin importar que eso mortifique o desvele a alguien. La literatura es un espejo para mirarnos todos, y Jorge es un enorme constructor de ese tipo de espejos, que no de espejismos.■

Jorge Volpi, *En busca de Klingsor*, Seix Barral, Barcelona, 2002, 444 pp.
—, *El fin de la locura*, Seix Barral, Barcelona, 2003, 475 pp.
—, *No será la Tierra*, Alfaguara, México, 2006, 523 pp.